 Tiempo de lectura: 7 min.

Un episodio curioso

En la vida de Francisco de Sales, joven estudiante en París, hay un curioso episodio que tuvo gran repercusión a lo largo del resto de su vida y en su pensamiento. Era el día del carnaval. Mientras todo el mundo pensaba en divertirse, el joven de 17 años parecía preocupado, incluso triste. Sin saber si estaba enfermo o simplemente melancólico, su tutor le sugirió que fuera a ver las actuaciones del festival. Ante esta sugerencia, el joven formuló de pronto esta oración bíblica: “Aparta mis ojos de ver cosas vanas”. Luego añadió: “Señor, déjame ver”. ¿Ver qué? Respondió: “La sagrada teología; ella es la que me enseñará lo que Dios quiere que mi alma aprenda”.

Hasta entonces Francisco había estudiado los autores paganos de la antigüedad con gran provecho e incluso éxito. Le gustaban y tenía mucho éxito en sus estudios. Sin embargo, su corazón estaba insatisfecho, buscaba algo o más bien a alguien que pudiera satisfacer su deseo. Con el permiso de su tutor, comenzó entonces a asistir a las conferencias del gran profesor de Sagrada Escritura Gilbert Genebrard, que comentaba un libro de la Biblia que narra la historia de amor de dos amantes: el Cantar de los Cantares.

El amor descrito en este libro es el amor entre un hombre y una mujer. Sin embargo, el amor que se celebra en el Cantar de los Cantares también puede entenderse como el amor espiritual del alma humana con Dios, explicó Genebrard a sus alumnos, y es esta interpretación totalmente espiritual la que encantó al joven estudiante, que se regocijó con las palabras de la novia: “He encontrado a Aquel a quien ama mi corazón”.

A partir de entonces, el Cantar de los Cantares se convirtió en el libro favorito de San Francisco de Sales. Según el Padre Lajeunie, el futuro Doctor de la Iglesia había encontrado en este libro sagrado “la inspiración de su vida, el tema de su obra maestra (*El Tratado sobre el Amor de Dios*) y la mejor fuente de su optimismo”. Para Francisco, asegura también el padre Ravier, fue como una revelación, y desde entonces “ya no podía concebir la vida espiritual más que como una historia de amor, la más bella de las historias de amor”.

No es de extrañar, pues, que Francisco de Sales se haya convertido en el “doctor del amor” y que el tema del amor haya sido el centro de la conmemoración

del cuarto centenario de su muerte (1622-2022). Ya en 1967, con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento, San Pablo VI lo había definido como “doctor del amor divino y de la dulzura evangélica”. Cincuenta y cinco años después, en ocasión del aniversario de su nacimiento al cielo, el Papa Francisco, con su Carta apostólica Totum amoris est, nos ofrece nuevas luces sobre la vida y la doctrina del santo obispo y nos vuelve a proponer con autoridad el verdadero rostro de Dios, a menudo ignorado o incomprendido.

El Dios desconocido

En tiempos de Francisco de Sales, el Rey Enrique IV de Francia, gran admirador de las habilidades y virtudes del obispo de Ginebra, un día se lamentó con él por la imagen distorsionada que sus contemporáneos tenían de Dios. Según un testigo, el rey “vio a varios de sus súbditos vivir toda clase de libertades, diciendo que la bondad y la grandeza de Dios no se preocupaban de cerca de los hechos de los hombres, que él reprochaba fuertemente. Vio a otros, en gran número, que tenían una baja opinión de Dios, creyendo que siempre estaba dispuesto a sorprenderlos, esperando sólo la hora en que hubieran caído en alguna falta leve para condenarlos eternamente, lo cual no aprobaba.

Francisco de Sales, por su parte, era muy consciente de que ofrecía una imagen de Dios distinta de las muy comunes en su época. En uno de sus sermones, se comparaba al Apóstol Pablo mientras anunciaba al Dios desconocido a los atenienses: “No es que quiera hablarles de un Dios desconocido –precisaba- ya que, gracias a su bondad, lo conocemos, pero ciertamente podría hablar de un Dios desconocido. Yo, por tanto, no os haré conocer, sino descubrir, a ese Dios tan amable, que murió por nosotros”.

El Dios de San Francisco de Sales no es un Dios policial, ni un Dios distante, como muchos de su tiempo creían que era, y no es el Dios de la “predestinación”, que siempre ha predestinado a algunos al cielo y a otros al infierno, como muchos de sus contemporáneos afirmaban, sino un Dios que quiere la salvación de todos. No es un Dios distante, solitario e indiferente, sino un Dios providente y “dispuesto a la comunicación”, un Dios atrayente como el Esposo del Cantar de los Cantares, a quien la esposa dirige estas palabras: “Vuelve a atraerme hacia ti y correremos al olor de tus perfumes”.

Si Dios atrae al hombre, es para que el hombre se convierta en cooperador de Dios. Este Dios respeta la libertad y la capacidad de iniciativa del hombre, como nos recuerda el Papa Francisco. Con un Dios de rostro amoroso como el que propone Francisco de Sales, la comunicación se convierte en un “corazón a corazón”, cuyo fin es la unión con Él. Es una amistad, porque la amistad es

comunicación de bienes, intercambio y reciprocidad.

El Dios del corazón humano

En el Antiguo Testamento, Dios es llamado Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. La alianza establecida por Dios con los patriarcas significa realmente el vínculo profundo e inquebrantable entre el Señor y su pueblo. En el Nuevo Testamento, la alianza establecida en Jesucristo une a todos los hombres, a toda la humanidad. A partir de ahora, todos pueden invocar a Dios con esta oración de San Francisco de Sales: “Oh Dios mío, tú eres mi Dios, *el Dios de mi corazón*, el Dios de mi alma, el Dios de mi espíritu”.

Estas expresiones significan que para San Francisco de Sales, nuestro Dios no es sólo el Dios del corazón humano en la persona del Dios hecho hombre, sino también el Dios del corazón humano. Cierto, el Hijo de María recibiendo de ella su humanidad, recibió al mismo tiempo un corazón humano, fuerte y dulce. Pero con la expresión “Dios del corazón humano”, el doctor del amor quiere decir que el rostro de nuestro Dios corresponde a los deseos, a las expectativas más profundas del corazón humano. El hombre encuentra en el corazón de Jesús la realización inesperada de un amor que ni siquiera se atrevía a pensar o imaginar.

El joven Francisco lo sintió bien cuando descubrió la historia de amor narrada en el Cantar de los Cantares. La esposa y el Esposo, el alma humana y Jesús se descubren hechos el uno para el otro. No es posible que su encuentro haya sido casual. Dios los hizo el uno para el otro de tal manera que la novia puede decir: “*Tú eres mío y yo soy tuya*”. Todo lo que San Francisco de Sales dijo y escribió vibra con esta maravillosa historia de mutua pertenencia.

En el Salmo 72, San Francisco de Sales leyó estas palabras que lo impactaron: “Dios de mi corazón, mi parte es Dios para siempre”. La expresión “Dios de mi corazón” le gustó mucho. Según el doctor del amor, “si el hombre piensa con un poco de atención en la divinidad, siente inmediatamente alguna dulce emoción en su corazón, lo que prueba que Dios es el Dios *del corazón* humano”. A santa Juana de Chantal, con la que fundó la orden de la Visitación, le recomendó decir a menudo: “*Tú eres el Dios de mi corazón* y la herencia que deseo eternamente”.

Si tenemos afectos rebeldes o si nuestros afectos en este mundo son demasiado fuertes, aunque sean buenos y legítimos, necesitamos cortarlos para poder decir a Nuestro Señor como David: “*Tú eres el Dios de mi corazón* y mi porción de herencia eterna”. Porque con esta intención viene Nuestro Señor a nosotros, para que todos estemos en él y para él”.

El corazón de Jesús es el lugar del verdadero descanso. Es la morada “más espaciosa y más querida de mi corazón”, confía san Francisco de Sales, que hace este propósito: “Estableceré mi morada en el horno del amor, en el divino corazón traspasado por mí. En este hogar ardiente, sentiré revivir en medio de mis entrañas la llama del amor, hasta ahora tan lánguida. ¡Ah! Señor, tu corazón es la verdadera Jerusalén; permíteme que lo elija para siempre como *lugar de mi descanso*”.

No es de extrañar, pues, que los tesoros del Corazón de Jesús hayan sido revelados a una hija espiritual de San Francisco de Sales, Margarita María Alacoque, religiosa de la Visitación de Paray-le-Monial. Jesús le dijo: “He aquí este Corazón que tanto amó a los hombres, hasta consumirse enteramente por ellos”.

Dos siglos después de San Francisco de Sales, su discípulo e imitador, Don Bosco, decía que “la educación es cosa del corazón”: todo trabajo empieza aquí, y si no está el corazón, el trabajo es difícil y el resultado incierto. También decía: “Que los jóvenes no sólo sean amados, sino que ellos mismos se sepan amados. Amados por Dios y por sus educadores”. De este supuesto que Don Bosco transmitió a la Familia Salesiana, comienza la acción educativa salesiana.